Compañía de Jesús

Provincia de España

P. PEDRO JAVIER SAGÜÉS REMÓN, S.J.

Gallipienzo (Navarra) 21/11/1932 –Loyola 26/10/2026

Pedro Javier Sagüés Remón, sacerdote jesuita, falleció el 26 de octubre de 2026 en Loyola a los 93 años, 52 de sacerdocio y 55 de Compañía.

Pedro Javier nació en Gallipienzo, Navarra. Estudió Magisterio, Filosofía y Letras, Piano, composición, órgano y Teología, con una tesis sobre san Agustín, que le llevó a pasar temporadas en Frankfurt.

Salvo los 5 años que estuvo destinado en el Santuario de Javier, el padre Sagüés pasó la mayor parte de su vida en Pamplona, donde vivió 60 años. Fue profesor de miles de alumnos; profesor de latín, literatura, religión y música. En 1973 fundó la Escolanía del colegio san Ignacio de Pamplona y más tarde la orquesta, a la que dedicó ilusión y esfuerzos.

El Padre Sagüés desgastó su vida principalmente en la docencia, la música, los Ejercicios Espirituales y también en la atención a muchas personas con necesidad de escucha o de una palabra de aliento.

HOMILÍA

En los últimos momentos de su vida, Jesús dice desde la cruz: “Padre, todo está cumplido”. Era una manera de decir: Padre, yo creo que he cumplido, he cumplido con la misión que me diste. De alguna manera, hoy también podemos decir: Pedro Javier, has cumplido. Has cumplido con tu misión de vivir, porque a punto de cumplir los 94 años, la misión ha sido larga. Y has cumplido también con tu misión de hacer presente el evangelio como jesuita y sacerdote. Has cumplido como cumplimos todos los seres humanos, con nuestros aciertos y equivocaciones, con nuestra fragilidad y también con las heridas que a veces dejamos. Pero yo creo que todos los que estamos aquí tenemos la sensación de que la vida del padre Sagüés no sólo ha sido larga sino fecunda.

El padre Sagüés se ha marchado aprovechando la vida hasta el final, cuidando la oración diaria, la Eucaristía, repasando partituras, leyendo. Hasta el final. Tenía sobre su mesa un libro que estaba leyendo sobre el conocimiento en san Agustín, un conocimiento, me decía él, que no es intelectual, sino que consiste en llegar al alma de las cosas. Al padre Sagüés le gustaba llegar al alma de las cosas, no quedarse en la superficie. Este es un legado que nos deja a todos, la invitación a no vivir superficialmente y a vivir con toda la hondura que podamos. Ya decía él que en la escuela de Gallipienzo le enseñaron “a leer con sentido y sin tropiezos, a escribir sin faltas de ortografía y a contar sin los dedos”.

El padre Sagüés vivió aquí en Loyola algo parecido a lo que vivió san Ignacio. Aquí trajeron a Ignacio herido de Pamplona, no sólo físicamente, y aquí se recuperó. Después, los años de estudios en París dejaron a Ignacio muy débil y los médicos le recomendaron volver a Loyola a respirar los aires natales. Y aquí volvió a recuperarse. El Padre Sagüés solía repetir que para él Loyola había sido un sanatorio físico y espiritual. Por eso, en medio del vacío que deja, toca dar gracias porque se ha marchado muy en paz, profundamente agradecido con el equipo de enfermeras y auxiliares de esta casa, que tan bien lo ha cuidado. Se marcha desgastado por una vida de entrega en la enseñanza, en la música, en los Ejercicios Espirituales, y en tantas horas de confesionario y de escucha.

Tenía carácter fuerte. ¡Espero que hoy no desafinemos mucho para que no se enfade! Me decía ayer su sobrina Mari Paz que no andaba con eufemismos. Decía las cosas claras porque entendía que el enemigo anda siempre entre mentiras. Y al mismo tiempo era una persona que reconfortaba con la acogida, la escucha, mucho sentido común y un fino sentido del humor.

Las personas que nos dejan de alguna manera siguen estando. Siguen estando en la huella que han dejado en nuestras vidas. En la esperanza de un futuro reencuentro, en la memoria de las experiencias vividas junto a ellos y que nadie nos puede quitar. Y en el caso del padre Sagüés son muchas: esas llamadas de teléfono para cuidar a la familia, la suya y otras tantas; esas felicitaciones puntuales de cumpleaños; esas palabras de ánimo y de fe. Algunos de los que estáis aquí sois testigos de que, en momentos muy difíciles de vuestra vida, allí ha estado el Padre Sagüés, consolando, acompañando, rezando. Quizá sea una faceta menos conocida, pero tenía una gran sensibilidad con las personas que sufrían y hasta hace poco seguía recibiendo cartas y llamadas de presos de la cárcel de Pamplona a los que tanto ayudó hablando de ese Dios alfarero capaz de reconstruir las vasijas rotas de nuestras vidas.

Para los cristianos despedir a un ser querido no es hablar principalmente de muerte sino de vida. En primer lugar, de esa vida en plenitud que nos espera. Estamos hechos para la eternidad. Y tenemos que reconocer que los cristianos, tan preocupados a veces por cómo vivir o sobrevivir aquí olvidamos ese futuro de

plenitud que nos espera. Como dice san Pablo: si hemos puesto nuestra esperanza sólo en esta vida, somos los más desgraciados del mundo. Pero nuestra esperanza está más allá.

Y es también hablar de vida en el presente, de cómo queremos vivirla y gastarla aquí. Las personas que nos dejan nos invitan a abrir los ojos a lo que es realmente importante. Nos invitan a amar de la mejor manera que sepamos. A no perder el tiempo en batallas tontas, a no llevarnos disgustos ni malos ratos por pequeñeces, a no dejar para «algún día» lo que pensamos que debe ser «cuanto antes», a no callarnos las cosas buenas. En definitiva, a vivir, cada día, sabiendo que es una oportunidad única. El padre Sagüés solía recordar esta cita de san Agustín: “Ordena tus amores, no sea que ames mucho lo que debe amarse poco y ames poco lo que debe amarse mucho”.

Hombre culto, sabía casi de memoria el Quijote. Hace poco me recordaba la escena en la que Sancho Panza, a punto de morir, va a despedirse de su pueblo, se sube a un pequeño monte y desde lo alto dice: “Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza, tu hijo, pobre de todo, pero rico en los azotes que le ha dado la vida. Abre los brazos y recibe también a tu hijo don Quijote, que ha perdido todas las batallas. La única que ha ganado es la de vencerse a sí mismo que, según me ha dicho, es la mayor de las victorias”.

Y después de recitarme esto de memoria me decía que con la patria Sancho Panza en realidad no se refería a su pueblo, sino que la patria era el cielo y el deseo de ser acogido en él. Yo, me decía el padre Sagüés, creo que ya estoy preparado para ir a la patria. El libro que había sobre su mesa contenía una frase que le ha ido acompañando en los últimos meses, una frase que repetía y con la que se ha marchado: “Vivimos envueltos en el misterio del amor”.

Querido Pedro Javier, que la Virgen de Ujué te acompañe hasta allí. Compañero, maestro, amigo, descansa en paz.

P. Cristóbal Jiménez SJ
28-10-2026